

LAS PLANTAS CARNÍVORAS

PRIMERA PARTE
GENEVIEVE DAWSON(*)

Este trabajo, debido a su extensión, se desarrollará en varios números de la revista. Nuestros lectores podrán ordenarlo sin inconvenientes, pues está dividido en capítulos.

Capítulo I

Plantas versus animales

El mundo de los seres vivos se compone, en esencia, de dos grandes tipos de organismos que han desarrollado un modo de vida particular en cada caso. Por un lado se halla el reino animal -en el que, naturalmente, está incluida la especie humana-, que cuenta con las tres cuartas partes del total de los seres con vida. Todo este universo animal, de una manera u otra, se nutre a expensas de la otra cuarta parte de seres vivientes, que son las plantas.

Los vegetales fueron los primeros organismos del planeta: originados en medio acuático, muchos de ellos lo abandonaron en cierto momento y ensayaron la vida terrestre, convirtiéndose de este modo en los colonizadores de los continentes. Los animales, que se originaron mucho después, no hicieron más que seguir sus huellas. Este comportamiento de las plantas se explica por el hecho de que poseen una habilidad nutritiva que no existe en el reino animal: la de sustentarse y fabricar sustancias orgánicas directamente

de los elementos químicos inorgánicos. Toman el anhídrido carbónico, y el oxígeno del aire, extraen del suelo el agua y las sales disueltas, y con ellos elaboran celulosa, azúcares, grasas, aceites, proteínas, ácidos y todas las demás sustancias que constituyen las par-

tes vegetativas: raíces, tallos, hojas, flores, frutos, etcétera. Para efectuar esta conversión extraordinaria, los vegetales requieren solamente dos cosas: luz, fuente de energía calórica, y el compuesto verde llamado *clorofila*, que se encuentra en diminutos cuerpos den-

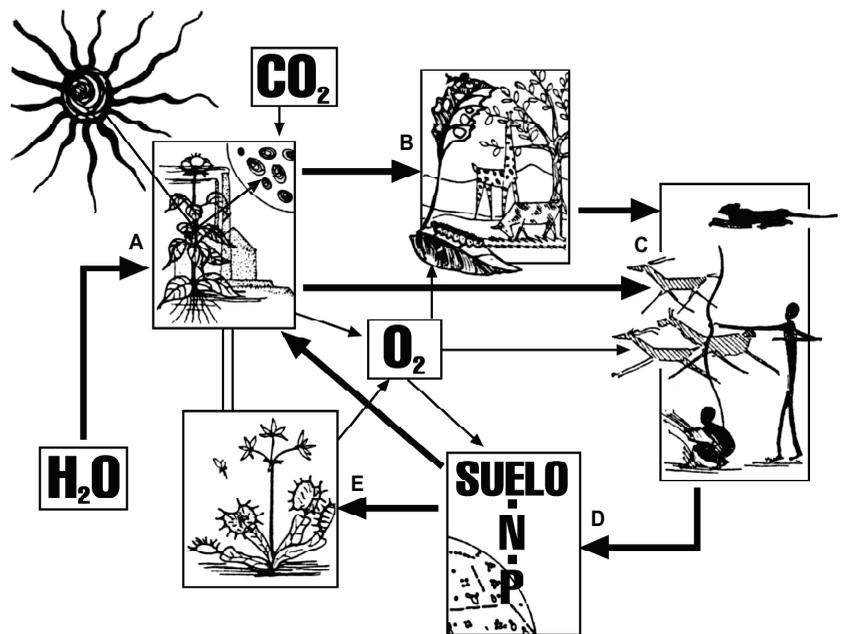


Fig. 1. Cadena alimenticia. Todos los seres vivos necesitan energía.

- A. Las plantas, que tienen el compuesto verde llamado clorofila, utilizan el Sol como fuente de energía luminosa y transforman en alimentos el agua (H_2O), las sales minerales del suelo y el anhídrido carbónico (CO_2) del aire.
- B. Los animales no tienen esta capacidad y dependen enteramente de las plantas para su energía. Los herbívoros comen directamente los vegetales.
- C. A su vez, los animales carnívoros se alimentan de los herbívoros como fuente de energía. El hombre, que es omnívoro, se alimenta tanto de plantas como de animales.
- D. Todos los restos animales y vegetales vuelven al suelo, donde son transformados por microorganismos y nuevamente se utilizan por las plantas en forma de nitratos o fosfatos.
- E. La plantas carnívoras no sólo elaboran su alimento como las demás plantas verdes, sino que completan su dieta con individuos del otro reino. (Dibujó Elena Ancibor.)

tro de las células y actúan como maravillosos motores minúsculos que combinan la energía lumínica y las sustancias inertes.

Las plantas verdes constituyen, entonces, la base de la vida. Son el eslabón que une el mundo inorgánico con el de los animales. Por lo tanto, la principal diferencia entre éstos y los vegetales reside en la forma como se alimentan. Los animales no pueden efectuar síntesis y, en consecuencia, requieren sustancias orgánicas ya fabricadas, que obtienen únicamente de las plantas (animales herbívoros) o bien (animales carnívoros) de otros animales que, en última instancia, dependen para su nutrición de los vegetales.

Los vegetales, entonces, fabrican a partir de la luz (fotosíntesis). Los animales, en cambio, ingieren lo fabricado y, en último término, son verdaderos parásitos de las plantas verdes. Los hongos, que son vegetales que han perdido esa sustancia mágica llamada clorofila, se encuentran en la misma situación que los animales y no pueden nutrirse a menos que tengan sustancia orgánica ya preparada; por ello, son en su mayor parte parásitos de plantas o de animales (Fig. 1).

Capítulo II

La venganza de las plantas

Existe, sin embargo, un pequeño número de plantas que, no obstante poseer hojas verdes con clorofila –y por ello son capaces de fabricar su propia materia orgánica a partir del aire, el agua y los minerales del suelo–, también capturan y digieren animales por medio de órganos especiales, con lo que se procuran un complemento alimenticio que en ningún modo llega a ser la base de su sustento. Estas interesantes plantas parece que fueran las encargadas de to-

mar represalias por el exterminio continuo de que son objeto, ellas y sus hermanas, por parte del mundo animal. Son, pues, las vengadoras de su reino.

Cuando, a mediados del siglo XVIII, los primeros naturalistas describieron dos de estas plantas carnívoras y su manera de cazar insectos, no fueron creídos por el mundo científico. Sólo en 1875, cuando Charles Darwin dio a conocer su libro sobre *Las plantas insectívoras*, se sentaron las bases para el estudio científico de estos fascinantes vegetales, que en un principio se llamaron insectívoros, pero, dado que las presas no siempre son precisamente insectos, conviene distinguirlos por la designación más ajustada de plantas carnívoras.

Capítulo III

Las legendarias plantas devoradoras de hombres

Si el mundo científico se mostró incrédulo ante las primeras menciones de plantas carnívoras, la imaginación popular, en cambio, ha estado desde tiempos antiguos muy activa elaborando mitos y leyendas de árboles devoradores de hombres y animales. Se tiene la impresión que la humanidad ha preservado siempre una reserva fabulosa de monstruos vegetales peligrosos, entre los que devoran hombres. Quizás la pasividad de las plantas y su carencia de movimientos voluntarios han sido la base para que se tejieran relatos en los que ellas se animan, movidas por instintos feroces, para atacar y devorar a los seres dinámicos. No está demás, en este lugar, hacer una breve reseña de algunas de las leyendas que, en su tiempo, fueron muy populares, y que aún hoy, en ciertos ambientes, pueden ser tomadas en serio.

El escenario de estos relatos es

siempre, como dice Rubén Darío, “un vago, lejano, brumoso país”, de difícil acceso, casi imposible de visitar para corroborar la existencia de las plantas horribles que sólo crecen en la imaginación de los autores. Hace cincuenta años, el árbol “comehombres” se encontraba en América Central. Ahora, como esa parte del mundo es demasiado conocida para servirle de escondite, se ha mudado a otra lejana región, como Madagascar o Mozambique y, dentro de poco, quedará desterrado para siempre de nuestro planeta. El tema del árbol que devora seres humanos se repite en las páginas de revistas casi con la misma insistencia que el del célebre *Plesiosaurio*, el “monstruo” de los Lagos Pata-gónicos y el “hombre de las nieves” del Himalaya. Algunos de estos relatos son publicados como pura ficción, bajo la forma de cuentos de hadas o de aventuras, pero otros pretenden ser trabajos de divulgación científica e incluyen detalles minuciosos de las plantas.

La flor de la muerte

En 1581, un valiente explorador, el capitán Arkright, tuvo noticias de que en el océano Pacífico existía un atolón llamado posteriormente “El Banoor, o Isla de la Muerte”, que no se podía visitar sin grandes riesgos para el viajero. Ello se debía a que en ese sitio crecía la “Flor de la Muerte”, de tamaño tan grande que un hombre cabía fácilmente dentro de ella. El cáliz era de brillantes colores y exhalaba perfumes delicados, que atraían a los incautos: no bien uno de éstos se acercaba a la flor, lo invadía un sopor pesado que lo forzaba a reclinarse sobre los pétalos inferiores y, entonces, lenta y trágicamente, éstos se cerraban sobre él. Aumentaba en ese momento la fragancia a la vez que cáliz segregaba un ácido fuerte que des-

integraba el cuerpo del pobre mortal adormecido. Una muerte perfumada colorida, que llegaba sin sentirse.

La enredadera carnívora

Esta otra leyenda tiene como escenario los marjales de Nicaragua y le ocurre a un cierto naturalista, Mr. Dunstan, que se hallaba coleccionando ejemplares botánicos en la jungla. En medio de sus tareas, oye ladrar lastimeramente a su perro y corre hacia el sitio de donde provienen los aullidos: el animal estaba atrapado en una red de ramas gruesas como cordeles. La planta tenía aspecto de sauce llorón, salvo que carecía de hojas y el ramaje estaba cubierto de una sustancia viscosa oscura. Mr. Dunstan se lanza al rescate de su can, extrayendo el cuchillo y cortando con dificultad las maromas vegetales; pero, al hacerlo, las ramas de la terrible planta comenzaron a retorcerse, como si fueran dedos sinuosos, y se enroscaron alrededor de la mano del botánico, quien debió hacer un gran esfuerzo para zafarse de esos tentáculos. La piel de la muñeca se le cubrió inmediatamente de tremendas ampollas y el perro apenas podía caminar, con el cuerpo salpicado de manchas de sangre, como si hubiera sido chupado por múltiples ventosas.

El artículo informaba, además, que la planta carnívora era bien conocida por los indígenas, quienes narraban que su apetito era tan voraz e insaciable, que podía sorber toda la sangre de un animal en pocos minutos, y luego dejaba caer los restos secos, tal como hace la araña con las moscas.

El árbol atrapador de monos

En este relato se trata de un explorador brasileño, Mariano da Silva, quien regresa de la zona limítrofe con las Guayanas, adonde ha-

bía ido en busca de los indios de la tribu yatapú. En esa región vio un árbol que se nutría de animales; según su narración, alcanzaba a seis o siete metros de alto, el tronco tenía casi un metro de diámetro y llevaba en la parte inferior gruesas hojas de hasta veinte centímetros de largo. La planta despedía un olor extraño, que atraía a los animales, especialmente a los monos: cuando éstos se encaramaban en el árbol, las grandes hojas se cerraban sobre ellos y desaparecían de la vista. A los pocos días, las hojas se abrían y dejaban caer los huesos mundos.

El árbol serpiente-vampiro

Este árbol fabuloso crece en un cerro muy aislado de la Sierra Madre de México. Posee ramas sensitivas, con aspecto de serpientes viscosas, que atrapan rápidamente a los incautos pájaros que se posan sobre ellas. Tiempo después, los restos de las víctimas caen al suelo, completamente estrujados. Un osado viajero narra que tocó las ramas del impresionante árbol y se le prendieron con tanta fuerza que al retirar la mano se le arrancó la piel. Luego se entretuvo arrojándole gallinas, que fueron prestamente absorbidas por el árbol mediante ventosas que recubren las ramas, al igual que los tentáculos de un pulpo.

El árbol comehombres de Mindanao

En esta historia es un norteamericano, llamado Bryant, el que encuentra la planta siniestra. Hallándose en Mindanao, en las Filipinas, deseó internarse por tierras que los nativos consideraban tabú, sin lograr que nadie lo acompañara, salvo uno de nombre León. Tras mucho andar, llegaron a un árbol extraño a cuyo alrededor, en un radio de veinte metros, no crecía ni una brizna de hierba. Había,

además, huesos esparcidos en el suelo y un cráneo humano entre las ramas; en el aire flotaba un olor fétido. Bryant quiso tomar el cráneo, pero, al acercarse, las ramas se encorvaron en su dirección, moviéndose como tentáculos, y las hojas se agitaron emitiendo chasquidos y silbidos. El explorador quedó como hipnotizado ante el horrendo espectáculo; cuando ya se desmayaba, el fiel León logró sacarlo de la zona de peligro. La planta fue calmándose poco a poco, hasta volver a la quietud (Fig. 2).

La planta atrapamoscas del desierto

En esta versión norteamericana de las plantas carnívoras se han abandonado los datos pseudocientíficos y sensacionalistas de los relatos anteriores en favor de una nota de exageración jocosa. Salvo esto, no difiere en mucho en lo que a los elementos imaginativos se refiere, según puede apreciarse en la transcripción que sigue:

“En torno de las fogatas de sus campamentos en el desierto, los turistas boquiabiertos suelen escuchar la triste historia de Pedro Pudretipas, desaparecido una noche lúgubre en el trayecto entre su cabaña y el pueblo de Salomé, en Arizona. Al parecer, Pedro había estado celebrando en la taberna “Última Oportunidad” y se había retirado poco antes de medianoche. Como pasaron los días y no apareció en los lugares que frecuentaba, una patrulla salió a rastrearlo por el desierto.

“Finalmente, al pie de una planta atrapamoscas muy grande, los rastreadores encontraron un reloj, cuarenta y dos clavos de botas, once botones, un revólver, una hebilla y dos dólares de plata. Identificaron la pistola contando las muescas. Evidentemente, Pedro se había recostado contra una de las



Fig. 2. El árbol comehombres de Mindanao. Bryant, ayudado por León, el guía nativo, escapa de las trémulas garras del impresionante árbol. (Según el semanario American Weekly, enero 4 de 1925.)

plantas atrapamoscas, que se había cerrado sobre él. Luego, cuando la planta estuvo saciada, se había reabierto para dejar caer los despojos metálicos indigeribles al suelo. Hay que tener mucho cuidado en el

desierto...”

El árbol antropófago de Madagascar

Esta leyenda es la que alcanzó más notoriedad, pues entre 1878 y

1882 fue publicada en numerosos periódicos y revistas, e incluso se filtró en publicaciones científicas a pesar de carecer de fundamentos serios. A raíz de esta difusión, diversos viajeros y misioneros trataron de descubrir el famoso árbol, pero como es natural, sus esfuerzos fueron siempre infructuosos.

La leyenda se originó en una carta que escribió a un colega el doctor Carle Liche, en la que sostiene haber observado personalmente a la tremebunda planta en acción. Como este mito ha inspirado a muchos otros, es conveniente transcribir las palabras de su autor:

“Fue durante mi estadía entre estos indígenas (los Mkodos de la isla de Madagascar) que presencié lo que posiblemente sea el espectáculo más horrible que haya visto. Su religión consiste en el culto a un árbol sagrado, que es una de las mayores extravagancias de la naturaleza, y al cual ofrecen sacri-

FAMILIA ZUCCARDI
CULTO POR EL VINO

ficios humanos. Antiguamente tenían la costumbre de quemar la planta cada vez que se ofrendaba una víctima; pero tuvieron que suspender esa costumbre cuando se dieron cuenta de que los árboles sagrados se iban haciendo cada vez más escasos. Cuando llegué, casi se habían extinguido y por ello mi guía –cuyas historias dislocadas me habían atraído hasta ese lugar– tuvo grandes dificultades para encontrar uno.

“El árbol sagrado tiene aspecto extraordinario. Su tronco, que tiene forma de tonel y raramente alcanza más de tres metros de altura, está revestido con una corteza que parece un mosaico de escamas y le confiere la apariencia de un ananás gigantesco. En la cima de este tronco crece una enorme flor a manera de plato, del cual penden ocho hojas descomunales que tienen cuatro metros de largo y unos treinta centímetros de ancho en su punto de inserción, pero se ensanchan hacia abajo hasta unos sesenta centímetros y después se afinan para terminar en una punta, aguda como una aguja; la superficie interior está cubierta de espinas con aspecto ponzoñoso. Por encima de la roseta de hojas tan curiosas se insertan una serie de ramas verdes de varios decímetros de longitud, de aspecto rígido y colocadas horizontalmente. Por fin, debajo de la especie de plato crecen, dirigidos hacia arriba, media docena de delgados estambres, que más bien llamaría palpos, pues temblaban continuamente como si estuvieran agitados por un viento fuerte.

“La estructura en forma de plato contiene, según se dice, un jugo dulce y espeso. Este líquido es producido por el árbol y probablemente sirve para atraer a los pájaros; de cualquier modo que sea, constituye una bebida muy embriagadora que puede provocar un estado de coma aun en dosis muy

pequeñas. Cuando se realiza un sacrificio, se obliga a una mujer a trepar al árbol y beber su “néctar”: si el demonio de la planta está de buen humor, la víctima puede bajar sin peligro; en caso contrario, su suerte está sellada. No pude descubrir la manera en que el árbol impedía que la mujer descendiera y escapara, pero con el tiempo logré averiguarlo.

“Una noche, mi guía vino a anunciarme que se realizaría uno de los sacrificios tan largamente esperados. Mediante un obsequio al jefe de la tribu conseguí que me permitieran presenciar la ceremonia y marché detrás de ellos por el bosque. Llegaron al árbol sagrado y encendieron doce fogatas a su alrededor, de modo que se iluminó todo el contorno. Se instalaron en seguida en torno a los fuegos para festejar con comidas y bebidas fermentadas que sorbían de grandes calabazas. Pronto estuvieron todos más o menos embriagados, tanto hombres como mujeres, salvo una joven que, sin hablar ni moverse, miraba aterrorizada a su alrededor.

“Repentinamente, sin previo aviso, cesó el bullicio y se dispersaron como ciervos asustados. Había llegado el momento crucial. Durante unos segundos, sólo se escuchó el crepitar del fuego. Mi intuición me dijo que la joven silenciosa era la que iba a ser sacrificada: la miré y leí un terror mortal impreso en su rostro.

“Entonces, el primer grupo de bailarines –aparentemente algo recuperados de su embriaguez– se abalanzó sobre la muchacha y, rodeándola, le indicaron con gestos y aullidos que debía trepar al árbol. La pobre, horrorizada, se echó hacia atrás, clamando clemencia, con lo que sólo logró que los otros indígenas se unieran a los primeros y le gritaran furiosamente para que obedeciera. Como, a pesar de esto, la joven seguía resis-

tiéndose, los bailarines tomaron sus lanzas y, amenazándola con ellas, la forzaron a retroceder en dirección a la diabólica divinidad. Quiso la desdichada joven oponerse, rechazando las lanzas con las manos, pero sólo consiguió ser herida en su valiente defensa.

“Por fin, comprendiendo que toda lucha era inútil, se volvió hacia el árbol. Se quedó inmóvil un momento, como juntando fuerzas para el esfuerzo supremo y, entonces, rápidamente, corrió y con agilidad de mono se encaramó hasta la flor; se arrodilló en ella y sorbió el líquido sagrado. Luego se incorporó bruscamente y yo esperaba verla saltar al suelo, ya que la débil luz me impedía ver qué era lo que la paralizaba de horror.

“De golpe me di cuenta de lo que le sucedía y yo también quedé inmovilizado de espanto: el árbol, que hasta ese momento parecía inerte e inerte, repentinamente se animó. Los palpos, de aspecto tan frágil, dejaron de temblar y se enroscaron alrededor de la cabeza y los hombros de la víctima, sujetándola tan firmemente que eran vanos sus esfuerzos para libertarse.

“Las ramas verdes, que parecían rígidas, también comenzaron a retorcerse y enrollarse como sierpes. Y mientras toda esa masa verde se agitaba, ocurrió una cosa espantosa que jamás olvidaré: las grandes hojas carnosas comenzaron a elevarse lentamente, encorvándose hacia arriba, de modo que las espinas perversas se cerraron sobre la joven con la fuerza de una prensa hidráulica. Al estrujar el cuerpo indefenso, comenzó a chorrear por el tronco una mezcla rosada, sobre la que se lanzaron peleando los indígenas, enloquecidos por beber un sorbo del líquido embriagador, producto de la secreción arbórea combinada con sangre del sacrificio humano.

“Después prosiguió la fiesta con gran animación. ¡La horrible di-

vinidad estaba apaciguada!”

Esta historia horripilante fue ilustrada por numerosos dibujantes, quienes solían pintar a la víctima como una joven rubia y delicada, en lugar de una indígena morena (Fig. 3). De esta manera, estaban seguros de tocar directamente los sentimientos compasivos de los lectores.

Capítulo IV

Se corre el velo de la fábula

Para desgracia de los autores de estas sensacionales historias de terror –como las que se acaban de transcribir–, y para suerte de viajeros y exploradores, esas feroces plantas antropófagas no existen en la naturaleza, ni nunca existieron. Sin embargo, entre la ficción y la realidad sólo median diferencias de magnitud.

En efecto, las plantas realmente carnívoras son diminutas, o, por lo menos, mucho más pequeñas que las burdas creaciones de la fábula, pero también mucho más ingeniosas y admirables. Naturalmente que, para muchos seres de tamaño diminuto, estos vegetales

han de parecer tan terroríficos como los árboles descritos por novelistas y exploradores fantasiosos, pues las únicas víctimas de las plantas carnívoras son moscas, mosquitos, mariposas, pequeños coleópteros, larvas de insectos, hormigas, gusanos, infusorios, crustáceos de agua dulce, tal vez alguna libélula y, de vez en cuando, como caso extremo, una ranita, una laucha y hasta un pichoncito caído del nido.

De las trescientas cincuenta mil especies de plantas que se conocen, sólo una ínfima parte –unas cuatrocientas cincuenta especies en total– son las que se consideran verdaderas carnívoras; es decir, plantas verdes que producen sustancias nutritivas propias, pero que, a la vez, capturan animales, los que generalmente son digeridos por medio de fermentos y luego asimilados, para completar así alguna deficiencia nutritiva. Entre las plantas sin clorofila, como los hongos, existen muchas especies que atacan y consumen insectos, nutriéndose de sus tejidos, pero se las considera como plantas parásitas más bien que carnívoras.

Las plantas carnívoras no forman una unidad botánica, o sea, que no se reúnen en un solo grupo de plantas, sino que están representadas por unos quince géneros, pertenecientes a seis familias botánicas distintas. A su vez, estas familias están distribuidas en dos grupos emparentados: unas, en las llamadas *dialipétalas*, es decir, plantas con flores de pétalos separados, y para mayor exactitud, muy cercanas a la familia de las rosas, y las restantes, entre las *gamopétalas*, es decir, plantas con flores de pétalos unidos, y en este caso muy afines a la familia de los “conejos” (ver cuadro).

Capítulo V

Milagros de la naturaleza

Estas maravillas de la naturaleza, los “miraculae naturae” de los primeros naturalistas, no sólo ostentan una variedad de trampas para cazar a sus víctimas, sino que emplean diversos métodos para atraer a sus presas. Ora es el olor a violetas, a miel o a hongos, ora son los colores brillantes de sus trampas, ora es la gotita de líquido que brilla en la extremidad de pelos glandulosos. Lo que todas tienen en común es el hábito de capturar animales y digerir sus tejidos como complemento de la dieta.

Aunque se las encuentra en todas partes del mundo, sólo hay dos géneros que se pueden considerar cosmopolitas: *Utricularia* y *Drosera*. Los restantes tienen una distribución bastante localizada, siendo el caso extremo *Dionaea*, que sólo habita en una pequeña región den-



Fig. 3. El árbol antropófago de Madagascar. Cuando se realiza un sacrificio, se obliga a la víctima a trepar al árbol y beber su néctar; si el demonio de la planta está de buen humor, la víctima puede bajar sin peligro; en caso contrario, su suerte está sellada, pues el árbol entra en acción... (Según el semanario American Weekly, septiembre 26 de 1920.)

Cuadro de clasificación de las plantas carnívoras

Familias	Géneros	Nº de especies	Distribución geográfica
Sarraceniáceas	<i>Heliampora</i>	5	Venezuela y Guayanas.
	<i>Sarracenia</i>	9	América del Norte.
	<i>Darlingtonia</i>	1	California y Oregon (EE.UU.).
Nepentáceas	<i>Nepenthes</i>	65	Trópicos orientales, desde Madagascar, Ceilán e Indonesia.
Droseráceas	<i>Drosera</i>	90	Todo el mundo.
	<i>Drosophyllum</i>	1	Portugal, España y Marruecos.
	<i>Dionaea</i>	1	Carolina (EE.UU.).
	<i>Aldrovanda</i>	1	Europa, India, Japón, África y Australia.
Biblidáceas	<i>Byblis</i>	2	Australia.
Cefalotáceas	<i>Cephalotus</i>	1	Australia.
Lentibulariáceas	<i>Pinguicula</i>	30	Hemisferio boreal y región andina.
	<i>Utricularia</i>	250	Todo el mundo.
	<i>Biovularia</i>	2	Cuba y Brasil.
	<i>Polypompholyx</i>	4	Australia.
	<i>Genlisea</i>	10	América del Sur y África tropicales.

tro de un estado. En general, todas viven en lugares muy especiales, generalmente ácidos y pobres en nitrógeno: zonas pantanosas, turberas, esteros, aguas estancadas. Existe un único ejemplo, *Drosophyllum*, que vive en terrenos áridos. Algunas especies son enteramente acuáticas, libres o arraigadas, que viven en aguas quietas, pobres en sustancias disueltas, como *Utricularia* y *Aldrovanda*; otras en cambio, son epífitas, es decir, que viven sobre las ramas de los árboles, pero sin extraer de ellos el sustento, como algunas especies de *Nepenthes*.

La zoofagia no es esencial para la vida de los vegetales carnívoros, pero es importante, ya que mediante experiencias se ha demostrado que, de dos grupos de plantas insectívoras, se desarrollan menos aquellas que no son alimentadas con sustancias animales.

Aunque las plantas carnívoras pertenezcan a dos grupos de familias botánicas, sus métodos de cap-

tura son comunes a ambos. Es interesante recalcar que no son las flores, como suponen algunos dibujantes imaginativos, las que realizan la tarea mortífera, sino las hojas altamente especializadas. Podría decirse que usan tres recursos básicos para conseguir alimentos:

El tipo “papel cazamoscas”, en las que las víctimas se enviscan en las secreciones pegajosas que exudan glándulas especializadas. Algunas tienen movimiento, y otras no. Las partes albuminoideas son digeridas por fermentos.

El tipo de los “hoyos o pozos de la muerte”, en el cual las víctimas resbalan a su triste fin en un charco de agua mezclada con líquidos digestivos acumulados por la planta. Son trampas pasivas en su totalidad. Tienen las hojas transformadas en ascidias (del griego *askidium*, que significa odrecillo), con opérculo y tapizadas internamente con pelos glandulosos.

Por último, un grupo de trampas altamente especializadas, seme-

jantes a las que ha creado el hombre, como la pequeña “nasa para cazar anguilas”, de *Genlisea*, la “de acero para cazar zorros”, de *Dionaea* y *Aldrovanda*, y la “ratonera” que tiene *Utricularia* y géneros afines. Todas éstas tienen órganos muy sensibles que reaccionan por contacto.

Éste será el orden a seguirse al describir las plantas carnívoras, es decir, de acuerdo con la similitud del mecanismo de sus trampas.

* Creadora y ex titular de la cátedra Botánica Aplicada, Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata.